

Pablo Neruda

## Las uvas de Europa

### I



O atravesé las hostiles  
cordilleras,  
entre los árboles pasé a caballo,  
el humus ha dejado en el suelo  
su alfombra de mil años,  
los árboles se tocan en la altura,  
en la unidad temblorosa,  
abajo oscura es la selva,  
un vuelo corto, un grito  
la atraviesan,  
los pájaros del frío,  
los zorros de eléctrica cola,  
una gran hoja que cae,  
y mi caballo pisa el blando  
lecho del árbol dormido,  
pero bajo la tierra  
los árboles de nuevo

se entienden y se tocan,  
la selva es una sola,  
un solo gran puñado de perfume,  
una sola raíz bajo la tierra.

Las púas me mordían,  
las duras piedras herían mi caballo,  
el hielo iba buscando bajo mi ropa rota  
mi corazón para cantarle y dormirlo.

Los ríos que nacían  
ante mi vista bajaban veloces  
y querían matarme,  
de pronto un árbol ocupaba el camino  
como si hubiera  
echado a andar y entonces  
lo hubiera derribado  
la selva, y allí estaba,  
grande como mil hombres,  
lleno de cabelleras,  
pululado de insectos,  
podrido por la lluvia,  
pero desde la muerte  
quería detenerme.

Yo salté el árbol,  
lo rompí con el hacha,  
acaricié sus hojas hermosas como manos,  
toqué las poderosas  
raíces que mucho más que yo

conocían la tierra,  
yo pasé sobre el árbol,  
cruzé todos los ríos,  
la espuma me llevaba,  
las piedras me mentían,  
el aire verde que creaba  
alhajas a cada minuto  
atacaba mi frente,  
quemaba mis pestañas,  
yo atravesé las altas cordilleras  
porque conmigo un hombre  
otro hombre, un hombre  
iba conmigo,  
no venían los árboles,  
no iba conmigo el agua  
vertiginosa que quiso matarme,  
ni la tierra espinosa,  
sólo el hombre,  
sólo el hombre estaba conmigo,  
no las manos del árbol,  
hermosas como rostros, ni las graves  
raíces que conocen la tierra  
me ayudaron,  
sólo el hombre,  
no sé cómo se llama,  
era tan pobre como yo, tenía  
ojos como los míos, y con ellos  
descubría el camino  
para que otro hombre pasara,

y aquí estoy,  
por eso existo.

Creo

que no nos juntaremos  
en la altura,

creo

que bajo la tierra nada nos espera,  
pero sobre la tierra  
vamos juntos,  
nuestra unidad está sobre la tierra.

## II

Yo entré en Florencia, era  
de noche, temblé escuchando  
casi dormido lo que el dulce río  
me contaba, yo no sé  
lo que dicen los cuadros ni los libros  
(no todos los cuadros ni todos los libros  
sólo algunos),  
pero sé lo que dicen  
todos los ríos,  
tienen el mismo idioma que yo tengo,  
en las tierras salvajes  
el Orinoco me habla  
y entiendo, entiendo  
historias que no puedo repetir,  
hay secretos míos

que el río se ha llevado,  
y lo que me pidió lo voy cumpliendo  
poco a poco en la tierra.

Reconocí en la voz del Arno entonces  
viejas palabras que buscaban mi boca,  
como el que nunca conoció la miel  
y halla que conocía su delicia,  
así escuché las voces  
del río de Florencia,  
como si antes de ser me hubieran dicho  
lo que ahora escuchaba,  
sueños y pasos que me unían  
a la voz del río,  
seres en movimiento,  
golpes de luz en la historia,  
tercetos encendidos como lámparas,  
el pan y la sangre cantaban  
con la voz nocturna del agua.

### III

Y cuando en el Palacio  
Viejo  
bello como un ágave de piedra  
subí los escalones gastados,  
atravesé las antiguas estancias,  
y salió a recibirme  
un obrero,

Jefe de la ciudad, del viejo río,  
de las casas cortadas como en piedra de luna,  
yo no me sorprendí,  
la majestad del pueblo gobernaba,  
y miré detrás de su boca  
los hilos deslumbrantes  
de la tapicería,  
la pintura que desde estas calles torcidas  
salió a mostrar la flor de la belleza  
a todas las calles del mundo,  
la cascada infinita  
que el delgado poeta de Florencia  
dejó cayendo siempre  
sin que pueda morir  
porque de fuego rojo y agua verde  
están hechas sus sílabas  
(todo detrás de su cabeza obrera  
yo divisé), pero no era  
detrás de él la aureola  
del pasado su esplendor,  
era la sencillez del presente,  
cómo un hombre  
desde el telar o el arado  
desde la fábrica oscura  
subió los escalones  
con todo su pueblo  
y en el Viejo Palacio, sin seda y sin espada,  
el pueblo, el mismo  
que atravesó conmigo el frío

de las cordilleras andinas,  
era el mismo, de pronto  
detrás de su cabeza  
vi la nieve,  
los grandes árboles que en la altura se unieron  
y aquí de nuevo  
sobre la tierra  
me recibía con una sonrisa  
y me daba la mano  
la misma  
que me mostró al camino  
allá lejos en las ferruginosas  
cordilleras hostiles que vencí.  
Y aquí no era la piedra  
convertida en milagro, ni la luz  
procreadora, ni el beneficio azul de la pintura,  
ni todas las voces del río  
los que me dieron la ciudadanía  
de la vieja ciudad de piedra y plata,  
sino un obrero, un hombre,  
como todos los hombres.

Por eso creo  
cada noche en el día,  
y cuando tengo sed creo en el agua,  
porque creo en el hombre.  
Creo que vamos subiendo  
el último peldaño, desde allí veremos

la verdad repartida,  
la sencillez implantada en la tierra,  
el pan y el vino para todos.

## IV

Fué en el verano de Rumania, acero  
verde de los pinares hacia el mar,  
y hacia el mar encontré que caminaba un río  
el Danubio amarillo de Rumania,  
pero no caminaba  
por voluntad de río  
sino que el hombre le iba abriendo lecho,  
el hombre lo empujaba,  
lo atacaba con manos violentas  
que socavan la tierra,  
la dinamita levantaba  
un ramo de humo de color violeta,  
se estremecía la cintura  
del río, y caminaba,  
por otras regiones marchaba,  
sin querer iba andando,  
fertilizando arenas,  
pariendo fruta y trigo,  
el río no quería  
pero detrás el hombre  
lo empujaba,  
le azotaba las ancas,  
le golpeaba en la espuma,

lo refrenaba y lo vencía,  
y hacia otro lado del mar marchaba el río  
y con el río marchaba la vida.

Yo vi los muchachos manchados  
de polvo y sudor, pequeñitos  
frente a la tierra hostil y estéril,  
orgullosos y pequeñitos  
abriendo el camino del río,  
y mostrándome la central  
futura de la fuerza, cuando  
el agua diera la luz  
en aquellas regiones negras.  
Los vi, los toqué, yo creo  
que los grandes dioses de antaño  
se parecían a los niños  
sonrientes que enderezaban  
el curso amarillo del río  
para que mañana amanezcan  
las nuevas uvas en la tierra.

## V

Dulces olivas verdes de Frascati,  
pulidas como puros pezones,  
frescas como gotas de océano,  
reconcentrada, terrenal esencia!  
De la vieja tierra  
arañada y cantada,  
renovados en cada primavera,

con la misma argamasa  
de los seres humanos,  
con la misma materia  
de nuestra eternidad, perecederos  
y nacedores, repetidos  
y nuevos, olivares  
de las secas tierras de Italia,  
del generoso vientre  
que a través del dolor  
sigue pariendo delicia!  
Aquel día la oliva,  
el vino nuevo,  
la canción de mi amigo,  
mi amor a la distancia,  
la tierra humedecida,  
todo tan simple,  
tan eterno  
como el grano del trigo,  
allí en Frascati  
los muros perforados  
por la muerte,  
los ojos de la guerra en las ventanas,  
pero la paz me recibía  
con un sabor de aceite y vino,  
mientras todo era simple como el pueblo  
que me entregaba  
su tesoro verde,  
las pequeñas olivas,  
frescura, sabor puro,

medida deliciosa,  
pezón del día azul,  
amor terrestre.

## VI

Nuevos puentes de Praga, habéis nacido  
en la vieja ciudad, rosa y ceniza,  
para que el hombre nuevo  
pase el río.

Mil años gastaron los ojos  
de los dioses de piedra  
que desde el viejo puente Carlos  
han visto ir y venir y no volver  
las viejas vidas,  
desde mala Strana los pies que hacia Moravia  
se dirigieron, los pesados  
pies del tiempo,  
los pies del viejo cementerio judío  
bajo veinte capas de tiempo y polvo  
pasaron y bailaron sobre el puente,  
mientras las aguas color de humo  
corrian al pasado, hacia la piedra.

Voltaba, poco a poco  
te ibas haciendo estatua,  
estatua gris de un río que moría  
con tu vieja corona de hierros en la frente,  
pero de pronto el viento  
de la historia sacude  
tus pies y tus rodillas,

y cantas, río, y bailas, y caminas  
con una nueva vida,  
las usinas trabajan de otro modo,  
el retrato olvidado  
del pueblo en las ventanas  
sonríe saludando,  
y he aquí ahora  
los nuevos puentes,  
la claridad los llena,  
su rectitud invita,  
dice: «Pueblo, adelante,  
hacia todos los años que vienen,  
hacia todas las tierras del trigo,  
hacia el tesoro negro de la mina  
repartido entre todos los hombres».

Y pasa el río  
bajo los nuevos puentes  
cantando con la historia  
palabras puras  
que llenarán la tierra,  
no son pies invasores los que cruzan  
los nuevos puentes, ni los crueles carros  
del odio y de la guerra,  
son pies pequeños de niños y firmes  
pasos de obrero, sobre los nuevos puentes  
pasas oh primavera  
con tu cesta de pan y tu vestido fresco,  
mientras el hombre, el agua, el viento  
amanecen cantando.

## VII

En Vallauris en cada casa  
tienen un prisionero.  
Es el mismo siempre.  
Es el humo.  
A veces lo vigilan  
padres de cejas blancas,  
muchachas de color de avena.  
Cuando tú pasas  
notas que los guardianes  
del humo  
se han dormido,  
y por los techos, entre vasijas rotas  
una conversación azul  
entre el cielo y el humo.  
Pero en el sitio donde trabaja  
en libertad el fuego  
y el humo es una rosa de alquitrán  
que ha teñido de negro las paredes,  
allí Picasso,  
entre las líneas y el infierno,  
con su pan de barro,  
cociéndolo,  
puliéndolo,  
rompiéndolo  
hasta que el barro se ha vuelto cintura,  
péntalo de sirena,

guitarra de oro húmedo,  
 y entonces  
 con un pincel lo lame,  
 y el océano viene  
 o la vendimia,  
 el barro entrega su racimo oculto  
 y al fin inmoviliza su cadera calcárea.  
 Después Picasso vuelve a su taller,  
 los pequeños centauros que lo esperan  
 crecen, galopan,  
 el silencio ha nacido  
 en las ubres  
 de la cabra de hierro,  
 y otra vez Picasso en su gruta  
 entra o sale dejando  
 paredes arañadas,  
 stalactitas rojas  
 o huellas genitales.  
 Y durante las horas que siguen  
 habla con el barbero.

## VIII

Yo, americano de las tierras pobres,  
 de las metálicas mesetas  
 en donde el golpe del hombre contra el hombre  
 se agrega al de la tierra sobre el hombre,  
 yo, americano errante,  
 huérfano de los ríos y de los

volcanes que me procrearon,  
a vosotros, sencillos europeos  
de las calles torcidas,  
humildes propietarios de la paz y el aceite,  
sabios tranquilos como el humo,  
yo os digo, aquí he venido  
a aprender de vosotros,  
de unos y otros, de todos,  
porque de qué me serviría  
la tierra, para qué se hicieron  
el mar y los caminos,  
sino para ir mirando y aprendiendo  
de todos los seres un poco,  
no me cerréis la puerta  
(como las puertas negras salpicadas de sangre  
de mi materna España),  
no me mostréis la guadaña enemiga  
ni el escuadrón blindado,  
ni las antiguas horcas para el nuevo ateniense,  
en las anchas vías gastadas  
por el resplandor de las uvas,  
no quiero ver un soldadito muerto  
con los ojos comidos,  
mostradme de una patria a otra  
el infinito hilo de la vida  
cosiendo el traje de la primavera,  
mostradme una máquina pura,  
azul de acero bajo el grueso aceite,  
lista para avanzar en los trigales,

mostradme el rostro lleno de raíces  
de Leonardo, porque ese rostro  
es vuestra geografía,  
y en lo alto de los montes  
tantas veces descritos y pintados,  
vuestras banderas juntas  
recibiendo  
el viento electrizado.

Traed agua del Volga fecundo  
al agua del Arno dorado,  
traed semillas blancas  
de la resurrección de Polonia,  
y de vuestras viñas llevad  
el dulce fuego rojo  
al norte de la nieve!

Yo, americano, hijo  
de las más anchas soledades del hombre,  
vine a aprender la vida de vosotros  
y no la muerte, y no la muerte!

Yo no crucé el océano  
ni las mortales cordilleras,  
ni la pestilencia salvaje  
de las prisiones paraguayas,  
para venir a ver  
junto a los mirtos que sólo conocía  
en los libros amados,  
vuestras cuencas sin ojos y vuestra sangre seca  
en los caminos.

Yo a la miel antigua y al nuevo

esplendor de la vida he venido,  
yo a vuestra paz y a vuestras puertas,  
a vuestras lámparas encendidas,  
a vuestras bodas he venido,  
a vuestras bibliotecas solemnes  
desde tan lejos he venido,  
a vuestras fábricas deslumbrantes  
llego a trabajar un momento  
y a comer entre los obreros,  
en vuestras casas entro y salgo,  
en Venecia, en Hungría la bella,  
en Copenhague me veréis,  
en Leningrado conversando  
con el joven Pushkin, en Praga  
con Fucik, con todos los muertos  
y todos los vivos, con todos  
los metales verdes del Norte  
y los claveles de Salerno.

Yo soy el testigo que llega  
a visitar vuestra morada.

Ofrecedme la paz y el vino.

Mañana temprano me voy.

Me está esperando en todas partes  
la primavera.

Capri, 1952.